

El Informe MacBride: su valor para una nueva generación

Andrew Calabrese¹

En 2005 se cumplen 25 años del informe de la Comisión Internacional de la Unesco de Estudio de los Problemas de la Comunicación, *Un solo mundo, voces múltiples*, más conocido como Informe MacBride. Este informe se elaboró en un contexto mundial muy distinto al actual. En 1980, la Guerra Fría ejercía una enorme influencia sobre las alianzas geopolíticas y la decisión de ser un país *no alineado* partía de esta gran polaridad. El Informe MacBride y el consiguiente llamamiento a un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC) precipitaron la decisión del Gobierno de Estados Unidos de retirarse de la Unesco. En una carta del 28 de diciembre de 1983, el secretario de Estado de la Administración Reagan, George Schultz, explicaba al director general de la Unesco, Amadou Mahtar M'Bow, los motivos de la retirada de Estados Unidos. Schultz concedía la misma importancia a la mala administración y a “la inyección de objetivos políticos fuera del alcance de la empresa conjunta” (Schultz 1984, 84). Lo que quedaba claro para todos los que tenían alguna cosa que ver en la cuestión era que la decisión se había tomado en nombre de los grandes medios de comunicación y de los intereses del sector de las telecomunicaciones de Estados Unidos. Schultz, después de afirmar que el gobierno de Estados Unidos, “junto con el pueblo americano en general” (p. 82), creían en la constitución de la Unesco, decía que “tenemos previsto utilizar los recursos que dedicamos actualmente a la Unesco a fomentar otros medios de cooperación” (p. 84). Esta retirada restó legitimidad a las iniciativas multilaterales de articulación de principios rectores de los medios de comunicación globales que no se guiasen exclusivamente por la lógica del mercado.

Andrew Calabrese

Profesor asociado a la Universidad de Colorado (EE.UU.)

La posición ideológica detrás de la decisión de Estados Unidos se ha mantenido durante muchos años en la política interior y exterior sobre medios de comunicación de este país. En 1983 Mark Fowler, presidente de la Comisión Federal de Comunicaciones de Estados Unidos durante la Administración Reagan, dijo en un discurso que la televisión era una “tostadora con imágenes”. Según Fowler, los gobiernos no debían conceder una consideración ni un tratamiento especiales a la cultura en general, incluidos los medios de comunicación, en comparación con otros ámbitos del comercio (Mayer 1983). La lógica que esconde esta concepción es que los gobiernos no han de intervenir para modelar o alimentar la cultura y que corresponde al mercado, únicamente, regir la cultura. No es cierto, sin embargo, que un gobierno que responde a los intereses de las grandes empresas sea un gobierno que favorezca necesariamente un mercado libre y competitivo (Calabrese 2004a). La concepción de *mercado* era coherente con la retirada de Estados Unidos de la Unesco, una organización que se había convertido en un foro de iniciativas multilaterales para oponerse al dominio en el mercado de los grandes medios de comunicación sobre la producción y la distribución cultural. Pese a la resistencia que muchos países han opuesto al tener que someter las prácticas culturales a la disciplina de las políticas neo(liberales) o de mercado del comercio y la inversión, Estados Unidos han aplicado sin tregua una política exterior de medios de comunicación precisamente con este objetivo (Calabrese y Redal 1995). Como Estados Unidos no podían controlar las recomendaciones de la Unesco, y como ésta (a través del Informe MacBride) recomendaba posiciones contrarias a las posiciones ideológicas y los intereses económicos de Estados Unidos, resulta lógico que éstos actuaran conforme a lo que afirmó el secretario de Estado, George Schultz, es decir, “buscar otros medios de cooperación”. Si bien Schultz

no anticipó cómo iba a implantarse esta cooperación, los esfuerzos de Estados Unidos por poner fin a la excepción cultural dentro de la Organización Mundial del Comercio (OMC) constituyen una prueba clara de la trayectoria decidida en la política exterior de los medios de comunicación estadounidense durante los últimos 25 años, pese su reciente reingreso, aparentemente incongruente, en la Unesco.

Actualmente, las modernas tecnologías de los medios de comunicación, particularmente internet y la comunicación por satélite, se han convertido en la infraestructura que ha hecho posible un nuevo sistema de mercado mundial y un nuevo contexto para la difusión de las ideas políticas, económicas y culturales. Con estos nuevos poderes han surgido oportunidades para eliminar la pobreza mundial y una mayor capacidad de los ciudadanos de todo el mundo de ser testimonios de las violaciones de los derechos humanos, pasen donde pasen, y de combatirlas. Aparte de los muchos cambios positivos, no obstante, también hay peligros que deben evitarse, sobre todo los usos de los nuevos medios de comunicación para violar la dignidad y la humanidad de otras personas a partir del engaño público, la explotación económica, la vigilancia y la represión políticas y otros abusos de poder.

La decisión de los Estados Unidos de reincorporarse a la Unesco no debe sorprendernos. Desde 1984, los dirigentes de la ONU han trabajado diligentemente para que Estados Unidos regresara al foro, hasta el punto de rechazar el propio pasado de la organización. Thérèse Paquet-Sévigny, vicesecretaria general de información de la ONU en 1990, expresó claramente una posición contraria al NOMIC que coincidía con la política y la ideología oficial de los Estados Unidos: "Durante muchos años, el debate internacional sobre la información y la comunicación no propició ningún acuerdo sobre un planteamiento común. Sólo me refiero a algunas de las discusiones, por ejemplo, sobre los conceptos de un nuevo orden mundial de la información, que, a los ojos de muchos interlocutores del campo de la comunicación, han perjudicado los esfuerzos internacionales por construir una sociedad mundial de la información" (Paquet-Sévigny, citada en Roach 1997, 116). El camino hacia una sociedad mundial de la información no era ni es algo que deba construirse de una determinada manera, como da a entender esta afirmación. Pero a raíz de la retirada

de Estados Unidos, los representantes de la Unesco han tratado de subordinar las antiguas pretensiones de liderazgo moral de aquella organización a un liderazgo de contemporización y conciliación, un cambio en el que se ha abrazado la visión oficial estadounidense sobre cómo ha de ser una sociedad mundial de la información. Para el gobierno de Estados Unidos, y para los gobiernos de otros países ricos, la labor política para el futuro debe consistir en diseñar la *destrucción creativa* de los estados del bienestar y en redirigir las iniciativas de la política nacional para construir una sociedad mundial de la información neoliberal (Calabrese 1997, 1999a, 1999b). Esta labor se ha basado en un giro intelectual en el pensamiento económico desde Keynes hasta Hayek. La Unesco se ha ajustado, en cuanto a la idea de la sociedad mundial de la información, a esta agenda y ha aceptado un marco ideológico favorable a la OMC, o cuando menos, no ha mostrado una oposición significativa. En este contexto, la Unesco no sólo ha perdido buena parte de su antigua importancia como foro de deliberación sobre la normativa mundial en materia de medios de comunicación, sino que ha dejado de ser un símbolo contra las normas culturales del neoliberalismo. Ahora que la Unesco ya no conduce el eje del discurso mundial sobre la normativa de los medios de comunicación, las iniciativas para desarrollar principios democráticos de regulación mundial de los medios de comunicación han tenido que buscar otros foros, como la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI).

La CMSI, que se reunió en Ginebra en 2003 y culminará en Túnez en noviembre de 2005, representó para muchas personas de todo el mundo, en particular del Sur, una nueva esperanza para conseguir un progreso importante en la articulación de normas mundiales y políticas relacionadas con el ámbito de los derechos de la comunicación. La creación de normas mundiales, o por lo menos transnacionales, no es un fenómeno reciente, si bien el grado de participación pública en los foros normativos mundiales va en aumento. Se ha dicho que esta mayor participación es la voz de la sociedad civil —aquella parte de la vida social que muchas veces está separada del estado y del sector empresarial— en la generación de un discurso público mundial sobre el futuro de los derechos de la comunicación y las normativas mundiales que se necesitan para garantizarlos. Son evidentes los desacuerdos sobre el

grado de unión de la voz de la sociedad civil, dada la heterogeneidad inherente que caracteriza la historia de la misma idea de sociedad civil, y dado el amplio abanico de cuestiones que se trataron en la CMSI bajo la bandera de aquella idea (Calabrese 2004b). Entre esas cuestiones se encuentran los derechos de la comunicación de los grupos indígenas, los trabajadores, las mujeres, los niños y las personas discapacitadas; la propiedad intelectual; los medios de comunicación colectivos; el *software* de código abierto; el acceso a la información y los medios de comunicación; la ciudadanía global y muchos otros (Declaración de la Sociedad Civil 2003). En la CMSI de Ginebra quedó claro que existía una considerable voluntad política de crear y mantener una presencia efectiva que representara a la sociedad civil en un proceso que, en nombre de la legitimidad, estaba aparentemente abierto a múltiples interlocutores. Aparte de las cuestiones permanentes sobre la viabilidad, la implantación y el cumplimiento del plan de acción de la CMSI, uno de los mayores retos de la representación no gubernamental y no empresarial en futuros foros normativos mundiales, como la segunda fase de la CMSI, estará relacionado sin duda con la cuestión de la sostenibilidad: ¿en qué medida será sostenible la participación normativa por la coalición contingente de la sociedad civil que se ha unido, con carácter circunstancial, como respuesta a una cumbre importante? ¿Pueden mantener la longevidad, la receptividad y la legitimidad sin las ayudas institucionales y financieras que están al alcance de las empresas y los grupos comerciales? ¿El poder de la colaboración en red que ha permitido a esta coalición reivindicar un espacio legítimo en el proceso de la CMSI, será un poder que seguirá ofreciendo una plataforma para que las diferentes voces puedan ser escuchadas y tenidas en cuenta cuando la cumbre haya terminado?

Han cambiado muchas cosas desde que se publicó el Informe MacBride, no sólo en la política mundial, sino también en la comunicación mundial. El año 2005 y la CMSI no son un punto y aparte en el diálogo mundial sobre el derecho a comunicar, pero sí que este año es una buena ocasión para conmemorar el legado político del Informe MacBride. Pese a las limitaciones geopolíticas que filtraron las aportaciones de sus autores, éstos tuvieron la previsión de esperar una especie de globalización que, más allá de representar divisiones entre los ciudadanos del mundo,

reconociera nuestra humanidad común. Con todos sus defectos, por los cuales los activistas progresistas de la comunicación, como es lógico, se han distanciado durante los últimos 25 años, el Informe MacBride proyecta un espíritu de optimismo en torno a la idea de que un mundo mejor es posible, de la importancia de las instituciones públicas como medio para garantizar la justicia mundial en el ámbito local, nacional y transnacional, y del valor de la comunicación mundial como medio de conocimiento, entendimiento y respeto mutuo. Por estas razones, la nueva generación de defensores de los derechos de la comunicación debería celebrar el aniversario del Informe MacBride y entender la complejidad de su legado.

Notas

- 1 Andrew Calabrese es profesor asociado de la Universidad de Colorado. Sus libros y artículos se centran en la política y la normativa sobre comunicación. Recibió el premio McGannon de investigación sobre política de la comunicación y fue becario Fulbright en Eslovenia. Calabrese dirige la colección "Critical Media Studies: Institutions, Politics and Culture", para Rowman y Littlefield, que recientemente volvió a publicar el Informe MacBride en conmemoración de su 25º aniversario.

Bibliografía

- CALABRESE, A.; REDAL, W. (1995). «Is There a US Foreign Policy on Telecommunications? Transatlantic Trade Policy as a Case Study». *Telematics and Informatics*, 12(1), 35-56.
- CALABRESE, A. (1997). «Creative Destruction? From the Welfare State to the Global Information Society». *Javnost/The Public*, 4(4), 7-24.
- CALABRESE, A. (1999a). The Welfare State, the Information Society, and the Ambivalence of Social Movements». En: CALABRESE, A.; BURGELMAN, J. C. (eds.), *Communication, Citizenship, and Social Policy: Rethinking the Limits of the Welfare State* (259-277). Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- CALABRESE, A. (1999b). «Communication and the End of Sovereignty?» *Info: The Journal of Policy, Regulation, and Strategy for Telecommunications, Information, and Media*, 1(4), 313-326.
- CALABRESE, A. (2004a). «Stealth Regulation: Moral Meltdown and Political Radicalism at the Federal Communications Commission». *New Media and Society*, 6(1), 18-25.
- CALABRESE, A. (2004b). «The Promise of Civil Society: A Global Movement for Communication Rights». *Continuum: Journal of Media and Cultural Studies*, 18(3), 317-329.
- MAYER, C. E. (1983). «FCC Chief's Fears: Fowler Sees Threat in Regulation». *Washington Post* (6 de febrero), p. K1.
- ROACH, C. (1997). The Western World and the NWICO. En: GOLDING, P. y HARRIS, P. (eds.), *Beyond Cultural Imperialism: Globalization, Communication & the New International Order*, 94-116. Londres: Sage.
- SCHULTZ, G. (1984). Carta del secretario de Estado de los EE. UU., George Schultz, al director general de la UNESCO, Amadou-Mahtar M'Bow, donde anunciaba la decisión del Gobierno de los Estados Unidos de retirarse de la UNESCO (28 de diciembre de 1983). *Journal of Communication*, 34(4), 82, 84.